

Franz Post

La carreta de bueyes

1638

Óleo sobre tela

Museo del Louvre, París

En el volumen XLI de la Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica, que iniciamos con el presente número, apreciaremos, a través de sus portadas, ejemplos significativos de las representaciones pictóricas que viajeros europeos han elaborado del territorio y las poblaciones americanas.

La historia de estas “imágenes europeas de América” es larga. Estudios detallados y exhaustivos de las épocas de conquista y colonización de nuestro continente dan evidencia de que los procesos de construcción de una imagen de América adaptada a la mirada europea llega hasta el mismo momento del primer contacto entre europeos y americanos¹. De ahí que la selección de imágenes ha sido una tarea difícil. Básicamente, nuestro criterio de selección se basa en la idea de mostrar aquellas imágenes cuya pretensión científica fue afirmada en el mismo hecho de su encargo.

Aun bajo esas pretensiones dictadas por el naciente espíritu científico europeo, que buscaban el retrato fiel, objetivo y neutral de la realidad, se pueden analizar evidentes rasgos de manipulación y elección desde intereses más allá de los científico-descriptivos. Hay una marca, un sello, en toda esa larga historia de las “imágenes europeas de América”: la respuesta condicionada por la violencia de lo inesperado.

Pensemos en primer término en lo inesperado de la existencia de otro continente interrumpiendo la ruta occidental hacia el oriente. Entiéndase interrumpiendo a los mercantes europeos la pronta llegada a las ricas islas de las especias de Oriente. Este hecho tuvo un profundo efecto en la conciencia que Europa tenía de sí misma y de su lugar en el mundo; algo reflejado en sus numerosísimas narraciones, crónicas, noticias y descripciones que desesperadamente buscan aprehender, asir, la incomprensible realidad².

Todas esas apreciaciones sobre el “nuevo continente” van buscando entonces las similitudes y diferencias respecto de Europa. Estamos pensando específicamente en la experimentación de lo inesperado que puede llevar a algunos cronistas y exploradores a concluir que es América un descendiente de otra Creación, separada de aquella que es narrada y revelada en el Génesis. Términos como “descubrimiento”, “Nuevo Mundo”, y “*le nouveau continent*” resaltan la naturaleza eurocéntrica de las descripciones de una tierra que desde Europa significa la posibilidad de completar el globo, ¿o su visión del globo?

También es todo esto signo del nacimiento de una tradición. La tradición que se impone de tomarse a América como el continente de una marcada pasividad e inmovilidad. Justamente, los exploradores, viajeros, artistas y científicos encargados de inventariar el continente americano inauguran la idea de que se llega a unas tierras sumisas y dispuestas pasivamente, que simplemente viven esperando la activa y móvil exploración que de ella pueda hacer el “viejo mundo”³.

Como intentaremos mostrar a lo largo del volumen, las leyendas e imágenes construidas por los viajeros, tanto de las tierras como de las personas que poblaban América, están construidas desde ancestrales tradiciones europeas de mitos y creencias. Cuentos como el de la desaparecida Atlántida y el Paraíso terrenal, aparecen mezclados con las avaras descripciones de una tierra saturada de oro y plata, habitada por caníbales, o por razas descendientes de los antiguos griegos y de la tribu perdida de Israel. Todas estas historias, en particular las de un grupo humano viviendo en estado preadánico, desnudos e inocentes, sin gobierno ni leyes, dan cuerpo a las preocupaciones proyectadas por el “viejo mundo” sobre el “nuevo”: las posibles variaciones de los conceptos de *naturaleza* y *civilización*, *libertad* y *esclavitud*.

El caso que ilustra nuestra portada tiene, sin embargo, sus particularidades. Durante la ocupación holandesa de gran parte del territorio brasileño, entre 1630 y 1654, el gobernador holandés Conde Maurits de Nassau comisionó a un número considerable de artistas y científicos el registro de la historia natural del pueblo. Entre ellos se encontraba Franz Post, quien centró su trabajo en la creación de paisajes extremadamente inusuales para la época, dentro de las representaciones habituales de América. En ellos él privilegia una visión topológica sobre la posibilidad de construir imágenes alegóricas, como era la regla⁴. Se trata de escenas rurales de los valles agrícolas contrastadas, en los extremos de las imágenes, con árboles tropicales, lianas y orquídeas; composición que resalta la complejidad de elementos que conforman las tierras descritas, y que crea una continuidad apabullante entre los elementos naturales y los humanos. En América se cultiva la tierra, se navegan caudalosos ríos, crecen lianas y orquídeas desde los frondosos árboles tropicales, y habitan gentes que montan carretas y arrearan bueyes.

Notas

1. Como lo analiza de manera exhaustiva Hugh Honour en su texto *The New Golden Land: European Images of America from the Discoveries to the Present Time*. New York, 1975.
2. Antes, justamente, de poder comprenderla.
3. La connotación sexual de esta relación no debe apenarnos, pues es también ampliamente estudiada la bastarda, la violación sexual y sus efectos como componentes cruciales de la conformación de la identidad latinoamericana, y de la apreciación que desde fuera de América se hace de nuestras culturas, nuestras gentes y nuestros territorios.
4. Véanse, por ejemplo, las imágenes alegóricas creadas por Albert Eckhout y por Zacharias Wagener.